Año XIII — Jueves 6 de Octubre de 1904 — Núm. 301

LA ACADEMIA CALASANCIA

ÓRGANO DE LA ACADEMIA CALASANCIA DE LAS ESCUELAS PÍAS DE BARCELONA

Fundador: Rdmo. P. Eduardo Llanas, escolapio

Consultor de la Sagrada Congregación Romana del Indice

Sección Oficial

La Academia Calasancia se reunirá en sesión privada, primera del presente curso, el próximo domingo día 9, á las diez de la mañana.

El 16, á la misma hora, se procederá á la renovación parcial de la Junta Directiva, según lo dispuesto en el Reglamento.

Lo que se hace público para que los académicos asistan á dichos actos.

Barcelona 4 de Octubre de 1904.

El Presidente, Cosme Parpal y Marqués — El Secretario, Antonio Bruna y Danglad

PALABRAS AUGUSTAS

Alocución de S. S. á los peregrinos franceses

Sed bien venidos, queridísimos hijos, que por décima cuarta vez habéis realizado este viaje con el exclusivo objeto de arrodillaros ante la tumba de los Apóstoles y de confortar con vuestra presencia al sucesor de San Pedro.

Nos os damos las gracias, monseñor, por haberos colocado á la cabeza de esta peregrinación y por habernos expresado en términos tan nobles los sentimientos que animan á los católicos de Francia.

Nos no alcanzamos á expresaros, queridos peregrinos,

cuán agradable Nos ha sido el homenaje de vuestra adhesión y fidelidad; fidelidad y adhesión que manifestáis, no tan sólo con vuestras palabras, sino también con vuestros actos; vuestra presencia constituye una prueba ostensible de que, aún á costa de considerables sacrificios, conservais en la memoria y en el corazón las recomendaciones de Nuestro venerado predecesor, que deseaba contemplar en el Vaticano, una vez al año por lo menos á los representantes de la Francia del trabajo.

Nos nos consideramos dichosos con que llevéis á la práctica, en la acción popular cristiana, las enseñanzas de la Santa Sede Apostólica, que son las mismas que están consignadas en el Evangelio de Nuestro Señor Jesucristo, y acrécese nuestra satisfacción al saber que fundamentáis todas vuestras obras sobre el santo temor de Dios, la observancia de su ley divina, la práctica de las virtudes cristianas y la frecuencia de los Sacramentos. Estad convencidos, queridísimos hijos, de que si Dios no edifica la casa, en vano se afanarán los hombres colocando piedra sobre piedra para levantarla, y si Dios no guarda la ciudad, en vano velarán los centinelas para defenderla contra las amenazas del enemigo, porque sin la bendición de Dios, todo trabajo es inútil.

Descendientes de aquellos hijos de Francia, fidelísimos á la Iglesia y á la Cátedra de San Pedro, siempre apercibidos á la defensa del bien y de la verdad entre los hombres no seáis herederos degenerados. A través de las dificultades y de los sacrificios que las vicisitudes de los tiempos os obligan á afrontar en los presentes momentos, sed siempre generosos, seguros de que, comportándoos de tal modo, no tan sólo trabajáis por vuestro propio honor, sino que también por la prosperidad de vuestra patria.

Ahí está la Historia para probarlo; las épocas en que Francia se vió adornada con los resplandores de la gloria y sus hijos gozaron, en el seno de la paz, de prosperidades y bienandanzas, fueron aquellas en que se escuchaba atenta y dócil los saludables consejos de la Iglesia. A la sombra de esta bandera, que siempre la condujo á la victoria, mereció el título

glorioso de hija primogénita de la Iglesia, y á todo el mundo alcanzaron los efectos de su influencia.

La Iglesia, siempre llena de amor hacia la Francia, fué la primera en aplaudir tanta gloria. ¿Habrá que repetirlo, queridísimos hijos? Este amor de la Santa Sede hacia vuestra patria, inunda nuestro corazón, y si fuera preciso, Nos estamos dispuestos á aceptar todos los sufrimientos imaginables con tal de asegurar la dicha y la grandeza de Francia.

Instruidos por las lecciones de lo pasado, iluminados por los peligros de la hora presente é inspirándoos sobre todo en los preceptos de vuestra fe, mantenéos unidos, cada vez más estrechamente, á la Iglesia y á esta Apostólica Sede, seguros de que así alcanzaréis la verdadera prosperidad; haréis descender sobre vosotros y sobre vuestra patria las bendiciones del cielo, y apresuraréis la venida de otros días menos tristes y agitados que los actuales.

Con esta esperanza y como prenda de nuestro efecto, Nos concedemos de todo corazón á vuestros venerables y venerados obispos, á vuestro clero, á vosotros y vuestras familias, á vuestras obras y á toda la Francia, la bendición apostólica.

EDUCACIÓN É INSTRUCCIÓN

DISCURSO DEL RDO. P. JUAN COLOMER, ESCOLAPIO

(Conclusión)

De intento, señores, al expresar las relaciones de superioridad por las que aventaja la *educación* á la *instrucción*, no hago marcado hincapie en el carácter fundamental que debe tener toda educación, si se quiere que sea sólida y verdadera, en el carácter de Religiosidad y Moralidad que necesariamente debe acompañarla. Ofendería indudablemente vuestra ilustrada penetración, si supusiera por un momento siquiera que no adivináis el por qué. Entraba en mi plan hacer resaltar la falta de cordura, la insensatez casi me atrevería á decir, que cometen ciertos hombres,

de los que los hay arriba y abajo, que prefieren la *instrucción* á la *educación*. Y á este objeto no había cosa mejor, á fin de abarcar todo el campo de las diversas opiniones que en el día de hoy se disputan el imperio del mundo, no había cosa mejor, repito, que colocarme en un punto enteramente neutral y superior á las diferencias de los hombres. Pero la verdad es, señores, que sin Religión y Moral claudica por su base la importantísima obra de la educación. Si se quieren comprender todos los fines del hombre, á que no puede menos de subordinarse el desarrollo de sus diversas facultades, es preciso arrancar de lo que hay de más recóndito en su existencia, del *quid divinum* que con caracteres indelebles está impreso en las entrañas más íntimas de su sér; hay necesidad de partir de lo que es, de lo que existe en principio, para venir á parar á la consecución segura de su último destino, cuando se cierre el ciclo de los fines particulares de la vida. Toda la vida es un movimiento continuo de ascenso, en conformidad con lo que se nota en todos los seres de la naturaleza, cuyo ascenso en el hombre termina en la vida futura.

Según esto un *ideal* se impone en la obra de la educación humana, ni más ni menos que se impone, si no se ha de proceder á la ventura, en todas las obras que ejecuta el hombre. Y aun con mayoría de razón se impone en la obra de la educación por la mayor alteza de miras que debe presidir en ella. Y ¿cuál es este *ideal*, luz viva y faro luminoso, cuyos resplandores deben brillar de continuo sobre la tarea de la formación del hombre? ¿Deberemos buscarlo en las concepciones antropológicas modernas que tanto privan hoy día en ciertas escuelas? ¿ó podremos encontrarlo en la novísima filosofía, de la que se ha tenido valor para decir que *es el evangelio del porvenir y la norma de la humanidad futura?* De ninguna manera. Aquellas concepciones están fundadas en un raquitismo de pensamiento, que avergüenza y humilla exageradamente al hombre, mutilando su propia naturaleza y contrariándole en sus más excelsas é irreductibles aspiraciones; y esta filosofía, que

lleva sus exageradas pretensiones hasta el punto de planear un nuevo estado de cosas, cual si hasta el presente hubiésemos vivido los hombres en un estado rudimentario, ó por mejor decir, en un estado de barbarie y salvajismo, es un verdadero delirio, hijo principalmente de ciertos filósofos alemanes, en quienes, por aguzar tanto y tanto el pensamiento y darle vueltas cual si estuvieran oprimidos por sus redes, al fin la preocupación por la idea ha concluído por hacer perder de vista la realidad de las cosas. Notad, señores, que califico de una manera muy noble, cuanto me es dable, la génesis de las utopias de que viene plagada la filosofía alemana. El verdadero *ideal* que puede y debe iluminar la obra de la educación, está contenido en una sola frase, como los grandes pensamientos están contenidos en una sola palabra, frase de la que ha estado el mundo en posesión desde los más remotos siglos, *el hombre es una imagen y semejanza de Dios*. Ideal sublime, señores, cuya verdad sentimos todos que late en el fondo de cada uno, y que el mismo Dios nos revelará, iniciándonos en una enseñanza fundamental para el género humano, cuando en el momento de coronar la obra de la creación visible, pronuncia aquellas augustas palabras *hagamos al hombre á imagen y semejanza nuestra*.

Fuera de este *ideal*, cuyo perfeccionamiento y realización pertenece de lleno á la Religión y á la Moral, y éstas tomadas en un sentido históricamente cristiano, no hay dignidad ni grandeza humana. ¡La dignidad! señores: he ahí la cualidad que más suele estimarse en el hombre, ya que no es raro oir en la vida: *piérdase todo antes que se pierda la dignidad, antes que el honor se menoscabe*. Pues la dignidad sin Dios es un mito, la grandeza que no tiene por apoyo á Dios, es una quimera, una ilusión que enloquece, que engaña, pero que no se sostiene. Todo se empequeñece, todo pierde su valor, una vez rotas las relaciones del hombre con Dios. ¡Cuán grande será la obra de la educación, cuando desarrolla, cuando fomenta, cuando da sólido fundamento á tan altas cualidades del hombre.

Así que mírese la cuestión como se quiera: ora se estudie al hombre según el concepto general filosófico, ora se le estudie bajo el punto de vista rigurosamente psicológico, bien se atienda á sus relaciones sociales, bien se tome en cuenta la común apreciación de los hombres; siempre es fuerza concluir que hay una tarea mucho más importante, de mucha mayor trascendencia y mayor conformidad con los altos fines del hombre, que la *instrucción*; y esta es la *educación*.

Antes de concluir, debo hacer una declaración, que seguramente estimarán algunos innecesaria. Al ponderar las excelencias de la *educación*, no es mi ánimo rebajar en lo más mínimo la importancia de la *instrucción*. Que bien sé cuán estrechamente debe enlazarse ésta con aquella, si se quiere que la educación sea verdadera. Esta idea la he dejado entrever bien claramente en el proceso de mi presente discurso. Quitar á la instrucción el interés que de suyo tiene, de modo que aparezca asunto de poca monta, aunque sea con objeto de compararla con la educación para hacer resaltar la superioridad relativa de esta última; no lo puede pensar quien como yo se halla colocado en la Jefatura de un Cuerpo docente, quien como yo no cede á nadie en amor al perfeccionamiento de esta lumbre de razón impresa por Dios en nuestras frentes, ni tampoco en el apasionamiento por el progreso de la ciencia.

Padres que me escucháis, comprended bien la alteza del sér que se encierra en vuestros hijos, penetráos íntimamente de la magnitud del destino, que les ha sido asignado por el hecho sólo de venir á este mundo. Siempre fijos vuestros ojos en estas levantadas ideas, poned muy alta la mira en la empresa que se os ha confiado cerca de vuestros hijos. Son los niños de hoy para ser los hombres de mañana: son actualmente un diamante, puesto por Dios en vuestras manos, en estado de primitiva naturaleza, para brillar más adelante con todos los esplendores y ricos cambiantes de una hermosa joya. Nuevos Prometeos cerca de vuestros hijos, apresuráos á prender en sus fren-

tes el sacro fuego que arde en las vuestras, y que primitivamente es fuego del cielo. Instruidlos, aprovechando para ello los primeros destellos de su inteligencia, é iniciándoles lo más pronto que podáis en la vida de los seres inteligentes y libres. Instruidlos por vosotros mismos con verdadero amor de padres, y cuando la obra se alce por encima de vuestras fuerzas, aseguráos de su continuación con la sabia cooperación de buenos maestros. Pero en todo caso, lo mismo cuando la instrucción se verifique en vuestros hogares, que cuando para llevarla adelante necesitéis el concurso de la Escuela; sed prudentes cual reclama vuestra posición de padres, obrad con aquel exquisito tacto que exigen vuestros propios deberes, subordinando siempre lo accesorio á lo principal, lo que tiene carácter de medio á lo que reviste categoría de fin, persiguiendo como objetivo final y por consiguiente primario de vuestros afanes la completa educación de vuestros hijos, la que debéis preferir siempre á las ventajas de la sola instrucción. Vuestro honor, vuestra gloria y vuestra recompensa final en calidad de padres consistirá no en que hagáis de vuestros hijos unos sabios, según la corriente acepción de la palabra, sino en que los podáis presentar en el gran teatro del mundo como unos hombres cabal é íntegramente educados, útiles para sí, útiles para los demás, y que reuniendo en una expresión elevada todas las utilidades humanas, abiertas sus inteligencias á la plena luz de una inmortalidad, cuyos fulgores no deben ser parte á obscurecer las sombras de la vida, entonen perennemente á su Dios el himno de adoración, de reconocimiento y amor, que debe rendirle todo hombre que viene á la vida. Para concluir, os diré con los Sagrados Libros: «*educad á vuestros hijos, y ellos os consolarán un día, y serán las delicias de vuestras almas*».

Niños, que estáis ansiosos por ornar vuestras frentes con los lauros á que os habéis hecho acreedores con una constante aplicación y una conducta ajustada estrictamente al cumplimiento de vuestros deberes; venid por fin

á recibir vuestros premios. Más que á su valor extrínseco, con todo y ser valiosos totos ellos, haciendo para ello el Colegio un verdadero sacrificio, atended á su significación. Son una prueba, una ejecutoria que el Colegio da para satisfacción de vuestras familias y de vosotros mismos de vuestras buenas cualidades. Sed consecuentes á su alta significación, y más empeñados que nunca en el cumplimiento de vuestros deberes, para enseñanza de vosotros mismos y de aquellos á quienes debais dar ejemplo en lo sucesivo de la vida, recordad que los hubísteis en los nobles lides de la inteligencia, y en los más nobles aun por difíciles del corazón.—*He dicho.*

SOBRE EL DESCANSO DOMINICAL

Repercute todavía en nuestros oídos el clamoreo que levantó la prensa madrileña, defendiendo, como suspirada presea de las clases todas, el descanso dominical, y hace apenas un par de meses, se revolvieron airados los rotativos porque se osó poner en tela de juicio la inclusión ó no inclusión de los periódicos en la ley del descanso dominical, y estos, en su mayoría, se proclamaron partidarios del descanso.

Terminada la información que se abrió por el Instituto de Reformas sociales y ajustándose el Gobierno, casi por completo, al informe que aquella entidad emitió ha promulgado el reglamento para la aplicación de la ley mentada. ¡Y aquí fué Troya! Como movidos por poderoso resorte se han levantado los rotativos arremetiendo airados contra el reglamento é incurriendo en una de las mayores inconsecuencias que registran los anales de las frecuentes informalidades que cometen esos periódicos de gran circulación.

Dando cuerda á su *corazón*, *siempre sensible*, nos han hablado estos días de los perjuicios que se irrogan á la industria, al pequeño comercio, y á no recuerdo á quien más... por uno de esos, *ecos de la opinión nacional,* nos hemos enterado de lo *atrozmente,* indignados que están los aficionados

al arte de Pepe-Hillo ¡la patria está en peligro! ha salido á relucir la tan cacareada cuanto mal entendida libertad individual y una porción de argumentos de más ó menos peso pero de los cuales nada sabían, por lo visto, estos señores hace muy poco tiempo.

En dos motivos, sin embargo nos parece hallar la causa de esta *generosa*, campaña en favor del productor. Es el primero la base político-mercantil, permítasenos el vocablo, sobre que se fundamentan la mayoría de las empresas periodísticas madrileñas, y de otra, quizás consecuencia de la primera, el odio inveterado que profesan, á todo lo que pueda parecer católico, siquiera sea remotamente.

Y decimos remotamente aplicando esta palabra á los recientes ley y reglamento, porque sólo en parte puede satisfacernos á los verdaderos católicos, ya que por un lado no reprime por completo el trabajo en domingo y por otro no hace extensiva esta prohibición á los demás días que manda santificar la Iglesia.

Sin embargo, lo poco que con ello se pueda favorecer el cumplimiento de los deberes religiosos, el sólo hecho de fijar el día de descanso, coincidiendo con el que Dios y la Iglesia mandan guardar, se les sube á la cabeza á los rotativos y les hace perder..... los tornillos por no decir el seso.

Dijera la ley, semanal en lugar de dominical y como por arte de encantamiento trocaríanse en alabanzas las numerosas causas que en la actualidad se prodigan á la ley.

Se ha pretendido apoyar este cambio en razones poderosas y todas ellas han resultado ó infundadas ó desprovistas de importancia, y la principal de ellas, el ejemplo que se nos ha presentado del extranjero, apoya precisamente nuestra teoría pues siendo varias las naciones donde se ha legislado sobre esta materia, la mayoría han establecido el descanso en domingo, pudiéndonos servir de saludable enseñanza, la manera como los protestantes respetan y celebran el día consagrado al Señor, tan frecuentemente profanado, fuerza es decirlo, por los que llamándose católicos no saben cumplir con los deberes que este glorioso nombre les impone.

La causa más arriba apuntada, ó sea la política-mercantil, ha sido en primer término, hallar ó pretender hallar argumento para combatir al gobierno y en segundo lugar,... sencillamente una cuestión de perro-chico que dice muy poco en favor de aquellos que pretenden guiar á la opinión por el camino del altruismo.

En resumen, podemos decir que, alejados como vivimos de la política, debemos por espíritu de justicia lamentar muy de veras, esta volubilidad que informa la redacción de los grandes periódicos que les lleva á tratar cuestiones de trascendencia suma con una ligereza que raya muchas veces en lo increible: y ojalá que en todas las ocasiones fuera tan fácil como en la presente poner de manifiesto su informalidad ó su mala fe y ojalá que sus plumas no se entretuvieran en entretejer leyendas que resultando muchas veces hijas de la fantasía producen no obstante daño incalculable al honor y al buen nombre de nuestra justicia y de nuestra patria, tan desdichadamente traida y llevada por la información periodística de á perro-chico.

De todos modos, y mientras no se publique nada mejor debemos conformarnos con la presente ley ya que ello es un gran paso para que no se continúe profanando, como se hacía actualmente el día de oración y de descanso.

EUGENIO NADAL CAMPS.

LA ASAMBLEA NACIONAL DE LA BUENA PRENSA

EXTRACTO DE LA INFORMACIÓN DE EL CORREO DE ANDALUCÍA

(*Continuación*)

En San Alberto

A las siete de la mañana celebróse en la Iglesia de San Alberto la Misa de Comunión para los señores asambleistas.

El Emmo. Cardenal Sancha, que celebró el Santo Sa-

crificio, administró luego la Sagrada Comunión á los asistentes, durando el acto cerca de una hora.

Luego subió al púlpito el señor Arzobispo de Toledo, y desde allí dirigió una breve y fervorosa plática llena de apostólica unción.

Dijo que todos debemos atender á la voz del Papa, que desea *restaurar todas las cosas en Cristo*, y para esta restauración era necesario robustecer nuestra inteligencia con la fe y nuestro corazón con la Eucaristía.

Si recibiéramos dignamente la Sagrada Comunión, bien pronto se haría la tan anhelada unión entre los hermanos; si recibiéramos al Señor con verdadero espíritu, se resolverían todos los problemas pendientes, entonces se mortificaría la curiosidad y no se prestaría apoyo á la mala prensa, entonces esta Asamblea que celebramos sería copiosísima en frutos prácticos. Entonces se cumplirían los deberes con respecto á la lectura de periódicos. Los católicos tienen la obligación de no leer ni suscribirse á ningún mal periódico. Insistió el señor Cardenal sobre este importante asunto, declarando que debíamos reconocer como malos periódicos á los anticlericales, y en esto no les hacemos ninguna ofensa, porque ellos mismos así se llaman. Son, por tanto—añadió el señor Cardenal—malos periódicos *El País*, *Las Dominicales*, *El Imparcial*, *El Liberal* y otros de la misma índole.

Terminó su hermosa plática recomendando la unión de todos para conseguir la victoria.

En San Salvador

Con asistencia de las autoridades y tan numeroso público, que apenas podía contenerse en las amplias naves de la hermosa basílica del Salvador se celebró el 19 de junio la sesión de clausura de la Asamblea, en la cual después de las preces de costumbre y de la lectura de nuevas adhesiones, subió á la tribuna el Excmo. Sr. Dr. D. Enrique Almaraz y Santos, obispo de Palencia, quien con elocuencia verdaderamente admirable, flúida palabra y

profundos conceptos desarrolló el tema: «La buena Prensa es potente arma de que debe hoy servirse el clero para defender la fe y propagarla en los pueblos».

Después de un exordio coronado por aplausos, preguntó el orador:

¿Qué es la prensa? Figuráos, señores, una palabra que recoge los ecos de cien millones de voces, que recoge el pensamiento y el querer, y los gestos y las pasiones de las multitudes, y que cuando se le antoja inventa y crea lo que más conviene á sus fines é intenciones y propósitos, palabra que refleja exacta ó inexactamente los planes del gobierno de la Iglesia y del Estado, lo que dicen los Reyes y lo que se habla en los Parlamentos, las sentencias de los Tribunales y los discursos de las Academias, las doctrinas de las Universidades y el juicio crítico de libros y folletos; palabra que se apodera del teatro, del poema, del grabado y de la vida privada del ciudadano; palabra que difunde esos ecos y los hace llegar á las calles y á las plazas, al taller, á la fábrica, al café, á la taberna... palabra que se oye un día y otro día, como ola incesante que fluye y refluye, palabra que cree ó niega, bendice ó blasfema, alaba ó insulta, encubre ó calumnia, así como aquel dios de la gentilidad que á su antojo y capricho podía rizar los mares con ligeras brisas, ó iracundo y furioso desencadenar los vientos y las tempestades. Esto es la prensa, eso es el periódico, grande, potentísimo y formidable poder; fuerza gigantesca para el bien ó para el mal, para difundir la verdad ó el error, para confesar ó negar á Cristo, para salvar ó condenar las almas (Aplausos).

Relata después los males que la prensa puesta al servicio del mal viene causando y agrega:

El Clero católico, que no puede olvidar la máxima de San Agustín: *diligite, homines, interficite, errores*, hará con la prensa lo que hace con la libertad humana, dirigirla, encauzarla, educarla, apoderarse de ella, no para que sirva de especulación como género de mercancías, sino para con ella levantar una grande y gloriosa Cruzada, que

haga de las publicaciones periódicas uno de los medios más poderosos para enseñar la verdad, para defender el dogma, para predicar la moral purísima del Evangelio, para presentar al vivo los horrores del vicio, para proclamar los deberes de todo ciudadano, para fijar los límites de lo sensible y señalar donde comienza lo suprasensible, haciendo lo mismo con lo natural y lo sobrenatural, con los bienes caducos y los bienes eternos, con la felicidad temporal y la felicidad eterna, con la tierra y con el Cielo. (Nutrida salva de aplausos).

Y preguntando si el clero será el clericalismo, dice: El Clericalismo es el Kleron, es decir, la actuación ó ejercicio de la autoridad de la Iglesia velando por la pureza de la doctrina, por la integridad de la fe, por el cumplimiento de los preceptos y de los consejos evangélicos, por la santidad de los sacramentos, por el orden de la familia cristiana, por la paz y prosperidad moral y material de los pueblos, por el ejercicio de la caridad y del amor verdadero, que fué el tema predilecto de las predicaciones de Cristo, ese es el Clericalismo, y los clericales son... los Pontífices Romanos, desde Pedro hasta Pío X; los Obispos, desde los que ordenó Cristo en el Cenáculo, la noche de la Cena, hasta los que en la actualidad rigen y gobiernan las Iglesias particulares, esparcidas por toda la redondez de la tierra; son los Sacerdotes, los Presbíteros, desde aquellos setenta discípulos que seguían á Cristo, hasta esa milicia sagrada que tiene la altísima y divina misión de santificar las almas y abrirles las puertas de los Cielos; los clericales son los Institutos religiosos, que haciendo la vida en la ciudad ó en los desiertos, con la palabra y con el ejemplo, creando obras inmortales de ciencia y de sabiduría, infundiendo luces en la inteligencia de la juventud, dedicados á curar enfermos... son y han sido y serán siempre para la sociedad elementos de orden, de cultura, de civilización, de progreso bien entendido; los clericales son, en fin, todos los que se han hecho acreedores á las bendiciones de la humanidad, cuyas llagas han curado, cuyas lágrimas han enjugado.

No hay razón que impida la acción del Clero, que debe servirse de la prensa para llenar su misión divina de enseñar y propagar la fe y las buenas doctrinas. Cuando los anticlericales, trabajan con constancia que aterra por implantar en las modernas sociedades, la moral laica que es el desenfreno de todas las concupiscencias; y el matrimonio laico que es el concubinato legal, y el Estado laico que es el Estado sin orden ni concierto, y la ciencia sin Dios que es la ciencia sin principios, y el arte sin moral que es la ausencia de lo bello, y que cuando todo ésto y algo más se escribe y se propaga por medio de la prensa, el Clero debe valerse de la buena prensa para salir á la defensa de los derechos de la Religión, de la filosofía, de la moral, de la sociología, procurando conservar y sostener lo que á costa de inmensos sacrificios levantaron los hijos de Recaredo, de San Fernando y de nuestros inmortales Reyes Católicos. (Prolongados aplausos).

La Ciudad santa de Jerusalén, que es nuestra fe, y el orden social están amenazados por serios peligros, y acaso el que mayor cuidado ofrece es el peligro de la mala prensa. Aspira la prensa impía á que en el orden civil todas las fuerzas morales, jurídicas y económicas anden revueltas, confusas y desconcertadas; por ella hay desequilibrio en la riqueza, extravíos en la ciencia, aberraciones en el arte, desenfreno en las multitudes, y en cambio por ella anda la virtud escondida, la justicia ultrajada y doquiera triunfante y soberano el interés, la ambición y el egoísmo. En el periódico se escribe que para ser sabio no es necesario creer, que el artesano y el obrero, lo mejor que hacen es perder el tiempo cuando oran y rezan, y la vida del hombre en todas sus manifestaciones ha de prescindir por completo de la ley de Dios. Se procura alejar á todas las clases sociales de la casa de Dios, y después de haber negado los dogmas, pervertido el sentido moral y conmovido los fundamentos del orden social, se descarga todo el odio contra los Ministros del Santuario, comenzando por el Vicario de Cristo en la tie-

rra y manchando de inmundo cieno la honra inmaculada de Prelados insignes, de sacerdotes ejemplares, de religiosos heroicos y hasta de inocentes vírgenes. No hace muchos días entregaba su alma á Dios un ilustre Prelado de la Iglesia española, el nunca bien llorado obispo de Salamanca, Padre Cámara, y mientras él hacía en el papel la señal de la Cruz y enviaba con ella la última bendición á sus queridos diocesanos, un periódico, olvidado de los más rudimentarios deberes de humanidad y de sentimiento, insultaba el nombre del Prelado, modelo de actividad y de celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas. Ejemplos y casos análogos podrían presentarse á millares con sólo hojear la colección de ciertas y determinadas publicaciones. (Aplausos).

De cincuenta años á esta parte, no hay Pontífice, Obispo ó escritor católico de alguna nombradía, que no haya consagrado una ó varias páginas al desenvolvimiento de este tema. La enérgica frase del organizador del movimiento político-social de Alemania «si San Pablo resucitara se haría periodista», como la de Pío IX en que llama á la prensa «Reina del mundo»; ó la del mismo Papa «que un buen periódico católico vale y hace más que media docena de predicadores»; expresión que León XIII repitió diciendo «que un buen periódico es una misión perpetua en una parroquia»; su carta al Arzobispo de Viena significando que entre los medios para defender la religión, no existe otro de mayor eficacia que la prensa; las palabras de la Encíclica *Etsi Nos* «es de desear que al menos en todas las provincias se establezcan periódicos, en cuanto sea posible *cuotidianos*, que inculquen cuáles y cuán grandes son los deberes de cada uno hacia la Iglesia;» los términos en que recientemente se expresaba el Pontífice reinante, Nuestro Santísimo Padre, el Papa Pío X al recibir en audiencia á una comisión de periodistas católicos extranjeros que le pedían su bendición: «Mis predecesores, *les dijo*, consagraban en otros tiempos las armas de los caballeros, las espadas y los escudos. Nos debemos

»consagrar ahora vuestras plumas. La prensa que es la »gran arma del mal, debe ser instrumento poderoso del »catolicismo. Os bendecimos pues de lo íntimo de nuestro »corazón»; sentencias son todas que pregonan muy alto el alcance y valía de la prensa periódica junta con el deber que el Clero tiene de utilizar este potente elemento de combate para pelear y reñir las batallas con los enemigos de la fe.

(*Se concluirá*).

CONGRESO DE LOS CATOLICOS ALEMANES EN RATISBONA

(*Continuación*)

Tercera sesión

Ratisbona, 23 agosto.

La divisa ó lema de este Congreso, es aquella de Pío X en su primera Encíclica: *Omnia instaurare in Christo.* El Congreso ha discutido acerca de este tema. Ha declarado que la restauración y la reforma esencial, la más radical y por consecuencia la más necesaria es la de las familias, que ante todo ha de ser institución educadora de la humanidad. Por ello se debe expulsar del seno de las familias cristianas la MALA PRENSA y el mal ejemplo.

La restauración en Jesucristo no será posible si los sacerdotes permanecen en la sacristía y los seglares en el seno de sus familias. Es necesario que unos y otros salgan á defenderse y á atacar al enemigo en el terreno de la publicidad, donde él nos espera.

El diputado Fideren, ilustre campeón en la lucha contra la inmoralidad pública, la pornografía y los grabados, desarrolla en un discurso este pensamiento: *el ultramontanismo.* Según él, los enemigos de la Iglesia distinguen entre el catolicismo religioso y el ultramontanismo. Los *católicos religiosos* según ellos, los verdaderos católicos, son los que se limitan á ir á misa el domingo, á celebrar las

Pascuas y á rogar á Dios en el seno de sus familias, sin mostrar en la vida pública su cristianismo. Los *ultramontanos*, son los católicos que confiesan su fe en los parlamentos, en la prensa, las sociedades, las elecciones, etc.

La falsedad de esta distinción que se hace continuamente es manifiesta. La religión abarca al hombre todo entero, así en su vida interior como exterior, en la vida pública como en la privada. El Congreso ha rechazado solemnemente esa distinción, debida á la posición de los enemigos frente á la del *Centro*.

Cuando el Kulturkampf, el Gobierno prusiano expulsó las órdenes religiosas y encarceló á los Obispos y á los sacerdotes, diciendo siempre que no se proponía perseguir á la religión católica, sino tan solo al ultramontanismo.

El Congreso se ocupa ahora de las obras de caridad, de las que es director general Mgr. Werthmann de Friburgo.

En Alemania existen orfelinatos dirigidos por religiosos y religiosas, casas de refugio, instituciones múltiples de enseñanza para la juventud en la mayor parte de las parroquias, y las Conferencias de San Vicente de Paul, etcétera, etc. Pero lo que hay de particular en Alemania son las oficinas de la Caridad, establecidas en las grandes ciudades por Mgr. Werthmann.

Los encargados de estas oficinas están á disposición de todos los que se encuentran en alguna necesidad. Dan las noticias precisas é indican las colocaciones existentes, procurando así trabajo á los obreros; además agencian los negocios de éstos. Ellos van á las casas de los necesitados, distribuyen los socorros y consuelan á los afligidos.

Para las jóvenes que viajan, expuestas á mil peligros, se ha creado la *misión de las estaciones*. En cada gran ciudad, un cierto número de damas católicas acuden á la llegada de los trenes expresos y reciben á dichas jóvenes, proporcionándoles plazas de sirvientas, institutrices, etc. En este año dichas damas han salvado y atendido á más de 40.000 jóvenes.

El Congreso encomia estas obras de la caridad cristiana como el mejor medio de trabajar para la solución de la cuestión social.

El presidente ha invitado á los miembros extranjeros para que celebren sus reuniones particulares.

DR. KAUFMANN.

(*Se concluirá*)

OLIVIER

Por Julio Sandeau, de la Academia Francesa

Versión española de Juan Güell y Ferrer

(*Continuación*)

VII

Cuando recobró el sentido, la señora de Valgrand y el doctor estaban sentados á su cabecera, y Olivier jugando á los pies de la cama.

—¡Amigos míos!—dijo por fin—¿Queréis decirme qué es lo que ha ocurrido?

—¿Lo que ha ocurrido, mi querido Conde?—contestó el doctor.—Ha estado V. muy enfermo. Ha tenido lo que nosotros, profesores de la Facultad, llamamos una meningitis... ¿Qué ocurre? Ya lo ve V., con la salud ha recobrado la razón, y con la razón la felicidad... Aquí lo tiene usted todo explicado.

—¿Papá está curado? ¿Papá no está enfermo?... ¡ay mamá, que contento estoy!—dijo Olivier ojeando un álbum de estampas y cromos.

—¡Una meningitis!...—murmuró Gastón.—Pero doctor ¿es cierto que he estado loco?—añadió dirigiendo al anciano una mirada inquieta.

—Sí, mi querido Conde, es cierto, pero sea dicho entre nosotros; días atrás no tenía V. la cabeza muy buena. Durante seis semanas ha divagado más de lo natural.

—¡Seis semanas!—exclamó Gastón.—Me parece que han transcurrido siglos desde el día...

—Desde el día que caiste enfermo—dijo la Condesa concluyendo la frase.—¡Oh, amigo mío, estas seis semanas también han sido para nosotros siglos de angustias y sufrimientos!

—¿Seis semanas!—repetía Gastón.

—¡Mes y medio de fiebre y de delirio...! ¡Señor Conde, creo que ya estará V. satisfecho!—dijo el doctor riendo.

—Pero, dígame V. ¿cómo ha ocurrido todo esto?—preguntó Gastón con gran curiosidad.

—Yo te lo voy á recordar, amigo mío—dijo la Condesa que estaba continuando un bordado interrumpido hacía cuatro años.—Hará cosa de mes y medio que fuistes á comer con Olivier en casa de nuestro amigo Mario. El tiempo amenazaba tempestad hacía algunos días, y tu cabeza hacía tiempo que sufría. Después de la comida, que, según me han asegurado, fué muy alegre...

—Demasiado alegre—dijo el doctor como haciendo una reflexión.

Os sentásteis en la terraza, y tus amigos se entretenían (¡cruel entretenimiento!) en matar á los inocentes pájaros que revoloteaban á vuestro alrededor. Mario me ha asegurado que entonces ya tenías la sangre á la cabeza.

—He de advertir—añadió el doctor—que el señor Conde había bebido en los postres demasiado vino de Vouvray.

A pesar de la promesa que me hiciste, cogiste una escopeta... la de Mario...

—¡Sí, sí, ya recuerdo!—exclamó Gastón que sentía despertar á la vez su razón y su locura.—Cogí la escopeta de Mario... Olivier estaba á unos veinte pasos de distancia... alcé bruscamente el arma... salió el tiro... y

—Y el señor Conde cayó—dijo tranquilamente el doctor—como herido por un rayo. Y he aquí las consecuencias de beber demasiado vino en los postres.

—Y de desobedecer á su mujer—añadió la joven Condesa.—Por esto, más que por lo otro, Dios le castigó.

—¿Y entonces, qué ocurrió?—preguntó Gastón enjugándose el sudor que corría por su frente.

—Lo que tenía que ocurrir—contestó el anciano.—Le trajeron á V. en una camilla. ¡Figúrese V. que agradable sorpresa para su esposa...! Dos horas después estaba sentado, como lo estoy ahora, á su cabecera. Si le he de ser franco, creí que V. no tenía remedio. ¿V. no sabe, amigo mío, lo que es el vino de Vouvray? Es nada menos que... meningitis embotellada. Al día siguiente tenía V. una fiebre ardiente y el más famoso delirio que ha hecho desatinar el cerebro de un cumplido caballero. ¡Vaya una imaginación, Dios santo! ¡Qué corridas por el campo de la fantasía! ¿Se acuerda V. de los sueños que ha tenido?

—¡Oh! ¡los sueños que he tenido son espantosos, señor doctor! ¡No pueden contarse!—gritó Gastón tapándose el rostro con las manos.

—Sí, hijo mío—dijo el anciano,—sí, sueños espantosos, terribles... Pero mire V. á este mocetón—añadió cogiendo á Olivier,—¿tiene acaso la cara del que ha recibido una perdigonada en el pecho? ¿Y esta buena y cariñosa mujer, la cree V. capaz para que le denuncie á la justicia?

El rostro de Gastón se había iluminado. Los fantasmas que él decían le seguían desde hacía cuatro años, acababan de desvanecerse, llevándose consigo el espectro sanguinario de la realidad. Abrió los brazos y estrechando contra su corazón á su mujer y á su hijo, les inundó de besos.

En esto llegué yo. Acababa de afeitarme. La navaja del barbero me había aligerado aparentemente la cuenta de los años. Vestía el mismo traje que llevaba el día que Gastón comió en mi casa. Al verme se turbó ligeramente; hice como que no lo notaba; le di la enhorabuena por su curación y me burlé de los viajes que habíamos hecho juntos á poca costa.

—Decididamente—añadí—te creía con la cabeza más resistente. Cuando vengas á casa á comer, te juro que sólo beberás agua clara.

Dicho esto di un beso á Olivier, á quien había acariciado por la mañana y me trataba como si me conociera de mucho tiempo.

—¿Conoces á este caballero?—le preguntó Gastón.

Esta pregunta estremeció á la Condesa.

—Es un buen amigo tuyo y mío—contestó sin titubear el niño, que no había olvidado la lección.

—¡Vamos!—dijo el doctor—basta de emociones para un solo día; el señor Conde necesita descansar. Háganme ustedes el favor de marcharse y de dejar á mi enfermo tranquilo.

Y al decirnos estas palabras nos empujaba hacia la puerta exclamando:

—¡Está salvado! ¡Está salvado!

Al salir nos abrazamos llorando de alegría.

—Mamá—preguntó el pequeño, que tiraba del vestido de la Condesa—¿he hablado como tú querías?

—Sí, hijito mío; sí, ángel querido, que el cielo me ha devuelto para la felicidad de todos—exclamó la señora de Valgrand cogiéndolo en sus brazos.

(*Se concluirá*)

CONTRASTES

En la torre de la Parroquia suena el ¡dan! ¡dan! de las campanas, anunciando al pueblo que uno de sus hijos se halla en trance de muerte y ansía recibir á Dios...

El Sacerdote se apresura á cumplir su deseo y lleva el Santo Viático, rezando pausadamente el *Miserere* davídico...; á guisa de procesión le acompañan los hombres con luces, quitados los sombreros, y los niños á bandadas, como pajarillos alborozados, y van por las calles mal empedradas y polvorientas, por los callejones apartados y sucios, á veces por las veredas del campo, donde ladran

amenazadores los perros en los postigos y en las cancelas...

A su paso, las devotas murmuran fervientes oraciones por los que agonizan... Iluminan las ventanas y los umbrales velones de piqueras relucientes de puro bruñidas, quinqués de tubos averiados, humildes candilejas, y hasta el farol que ensucia el tamo lanza débiles reflejos en la puerta del tinador donde rumian los panzudos bueyes, golpeando el suelo con las gruesas pezuñas.

Sintiendo en la frente y en las mejillas la caricia húmeda del relente nocturno, llegan á la pobre casuca de paredes enjabelgadas y mísera techumbre que descansa sobre viejos pitacos, invulnerables á la polilla, y maderas ennegrecidas por el humo...

A la entrada, sobre una mesita de pino, que cubre albo mantel y el correspondiente corporal, se ha improvisado un altar con un Crucifijo tosco y dos candeleros de cobre que sostienen las amarillas velas cuyas llamas suben oscilantes... No lejos está el arca, venerable mueble de la familia, que guarda los trapitos de cristianar, y en el que tuvieron asilo los mezquinos ahorros, ya evaporados por obra y gracia das *melecinas* el inútiles.

Un retrato descolorido de la Virgen, patrona de la villa, una estampa chillona de Santas Justa y Rufina y un cromo de la reina, son los tapices que adornan aquellos muros... En un rincón está colocado el lecho donde yace el moribundo atenazado por el cruel padecimiento, sufriendo la feroz dentellada del dolor: respira fatigosamente y se extremece á impulsos de una tos honda, muy honda... Sus más próximos deudos besan su frente, palpan sus manos y se arrodillan llorosos. El Sacerdote pronuncia, con solemne y conmovido acento, las palabras sublimes del ritual, y el enfermo, con voz agónica, con anhelos de salvación y piedad sincera, responde las hermosas frases «Sí creo, sí perdono»... que le abren de par en par las puertas de la Gloria, cerradas para los prevaricadores contumaces que no lloran sus culpas, que no olvidan las ofensas y los agravios recibidos.

La placidez del inocente se refleja en su rostro cadavérico, la tranquilidad del justo anida en su alma y, por un momento, parece que sus ojos brillan dulcemente y sonríen sus labios anémicos.

Después de consolar á la familia, salen de la humilde vivienda el Sacerdote y sus acompañantes, para regresar á la Parroquia, siguiendo la misma ruta iluminada y escuchando el murmullo de las rezadoras mujeres...

La luna vierte su luz blanca en el ancho azul del firmamento y envuelve á las cosas en fantástica penumbra... La vetusta Iglesia parece un edificio medioeval, y la torre, como un gigante que vigila, se yergue en la sombra y á rededor vuelan siniestramente las lechuzas. Las campanas salmodian un cántico de amarguras terrenas y esperanzas celestes, y el viento sopla inusitando cadencias tristes en la mansión solitaria. Allá en la lejanía se oye el esquileo del ganado que anda en el pastizal guardado por los perros que aullan.

Por las obscuridades del pueblo suena la parranda, la clásica ronda, el grupo de mozuelos que rien alegremente y cantan sus amores al son de la guitarra con arabescas melodías, que rasgan el silencio nocturno.

Sus manos, encallecidas en las rudas labores del campo, palmotean al unísono, llevando el compás de las coplas y sus voces regocijadas repercuten sonoramente turbando la quietud y el sueño.

Páranse los rondadores en las rejas vestidas de olorosos nardos y verde albahaca, por donde asoma el rostro moreno de alguna moza juncal...

Y pasan por la puerta del que agoniza...

. . . . . .

F. Cortines Murube.

LA HUÉRFANA

¿Por qué lloras? la dije: ¿Qué tienes?
¿Qué pena tan honda,
á la vez que desgarra tu pecado,
tus ojos pregonan?
¿Qué pesar tan intenso te aflige?
¿Por qué te abandonas
al dolor, que macera tu rostro
de nieve y de rosa?
¡Pobrecilla, que vas por el mundo
tan triste y tan sola!
¡Carne flaca que acecha el pecho!
¡Que pides limosna!
¿No tienes familia?
¿No tienes historia?
¿Qué misterio preside tu vida?
¿Qué secreto en silencio devoras?
¿Por qué no respondes?
¿Por qué de tu boca,
nido hermoso que bordan las perlas,
que esmaltan las rosas,
con acentos que lleguen al alma,
cual ecos dolientes de risas que lloran,
no pronuncian palabras tus labios
que calmen las ansias que á mí me devoran?
—Se murió mi madre. ¡Pobrecita mía!
La pena me ahoga
al pensar que, solita en el mundo,
voy errante pidiendo limosna.
No tengo familia.
Carezco de historia.
Cumplo una promesa...
Defiendo mi honra.
Por la lluvia y el frío aterida,
empapadas de lodo mis ropas,
esta carne que ves macilenta,
que sufre y que llora,
es la carne que avara codicia,
como tigre que oculta la sombra,
esa bestia que llaman humana
que nunca se sacia, que nunca perdona.

¿Por qué me preguntas?
¿Por qué me interrogas?
¡Si no fuera joven!...
¡Si no fuera hermosa!
¡Pobre madre mía!
Si ves mis congojas,
llámame á tu lado,
siéntame en tu gloria,
que las hijas que no tienen madre,
en el mar de la vida zozobran,
impulsadas por negra tormenta,
cual débil barquilla que rompen las olas.

L. MOYANO.

LA CONTEMPLACIÓN

SONETO

A la orilla del mar, en una roca,
mudo paso las horas contemplando
las olas, que á la playa van llegando,
y en ella acaba su potencia loca.
Apenas á su término una toca,
otra en el fondo que se fué formando:
furiosa rompe, se la ve acabando
y un lamento se escapa de mi boca.
Son las olas cual son las ilusiones
y como el mar arrastra leve pluma,
así el tiempo se lleva las pasiones;
que las cosas del mundo son en suma,
borrascas de mortales corazones,
¡olas que se convierten en espuma!

JUAN J. DE LA SOTA.

¡REFLEJOS!

Aurora de mi existencia,
Aun te miro entre reflejos,
Aun escucho desde lejos
Tu purísima cadencia.
Aire que mi cuna oreaste,
Aun mi pecho te respira,
Y mi corazón aspira
El perfume que dejaste,
Madre del alma, aun te veo
Mi dulce sueño velando,
Tu acento en mí aun va sonando
Como celestial gorgeo.
Sueños de mi edad florida,
Aun reverdecéis el alma,
Sois la solitaria palma
Del desierto de mi vida.
Rezos de mi adolescencia
Al Dios que murió en la cruz,
Aun alumbra vuestra luz
El fondo de mi conciencia.

GUZMÁN REY

Bibliografía

ARITMÉTICA ELEMENTAL *para uso de las Escuelas Pias por el* P. T. G.—M. E. *Barcelona 1902 á 1904.*

Tal es el título de dos tomos con que me ha obsequiado el P. Tomás Gari-Montllor, Escolapio, las iniciales de cuyo nombre coinciden con las puestas por el autor de dichos volúmenes en la portada de los mismos. Como perito matemático me declaro incompetente para juzgarlas, pues jamás las matemáticas me han tenido como devoto, pero, á pesar de esta confesión ingenua, no retrocedo en el deseo de dar mi opinión, muy pobre en este caso, ya que creo tener derecho á ello por mis aficiones pedagógicas y mi práctica en la enseñanza.

Adolece ésta en general de un grave defecto en todos sus órdenes cuya explicación se encuentra en que los maestros no se saben acomodar á las exigencias de los discípulos tanto en la explicación oral como en la confección de las obras de texto. Desconocen uno de los principios fundamentales de todo excelente sistema pedagógico, tal es, el de descender hasta el discípulo en lugar de pedir á éste que ascienda hasta el educador. Por esto es que el alumno no comprende bien lo que se le enseña, pues no se ha educado convenientemente á la inteligencia y sin esforzar ésta no entiende lo que el maestro explica y sólo la memoria funciona.

Si esto es grave defecto en todo orden de enseñanza mucho ma-

yor lo es en el de las Ciencias exactas que exigen trabajo intelectual, más que el de memoria, y piden perfecta comprensión de las materias más que la adaptación literal del texto, tarea dificilísima en la enseñanza primaria por la falta de libros conformes con los anteriores principios.

Me place con esta ocasión asegurar que entre los textos que conozco, los debidos a PP. Escolapios son los más conformes con el fin pedagógico (y advierto que hay otros profesores meritísimos que también merecen plácemes) y si mis palabras exigiesen confirmación la hallarían completa en el libro que bibliografío.

En el primer grado de la Aritmética elemental del P. Garí-Montllor ya se descubre que adopta el método intuitivo y el mismo confiesa sigue en un todo las instrucciones dadas por el inolvidable P. Llanas «entusiasta fomentador y mantenedor del progreso en la Enseñanza» cuando prescribía que en la primaria se han de dar solamente ideas generales, no conocimientos completos, y esto es lo que hace el autor del nuevo libro valiéndose de un sistema casi desconocido en España.

Lo que entra por los ojos difícilmente se olvida, lo que se graba en la inteligencia del niño con ejemplos tomados de lo que á él le es familiar es marca incorruptible y por esto el P. Montllor explica, valiéndose de grabados, los conceptos fundamentales de la Matemática y las operaciones aritméticas con lo que llama más la atención del niño, con lo que hiere más la imaginación. El niño aprende jugando, en el *utile dulci* tan enaltecido. Esto sólo recomienda un libro.

La enseñanza gráfica, la enseñanza intuitiva he aquí el ideal de toda escuela modelo y ¿acaso no lo es el libro del modesto é inteligente escolapio? Yo aseguro que por muy torpe que sea el alumno sabrá los principios elementales de la Aritmética estudiando con el libro del P. Montllor y los aprenderá sin esfuerzo, reforzando sus conocimientos con los ejercicios mentales que avaloran el libro y afianzan la teoría. Con ellos el alumno fija en la inteligencia al hacerla trabajar, los conceptos adquiridos.

En cuanto al 2.º grado de la Aritmética elemental que forma el segundo volumen, poco he de decir por cuanto ya la experiencia ha demostrado su valor. En él ha sabido el P. Montllor, establecer un nuevo escalón gradual en el conocimiento de las Matemáticas; hace que el niño sin sentirlo, al pasar de una clase ínfima á otra media dentro de la enseñanza primaria ensanche los conocimientos adquiridos en la más elemental, los cuales sirven de fundamento á los otros, para luego ampliarlos más en otro grado, del cual aun no hay libro, y es deuda sagrada que tiene contraída el P. Montllor

de darlo á la estampa. El cariño que siente por los discípulos y el amor por la enseñanza se lo piden de consuno.

C. P. M.

Revista de la Quincena

Las fiestas de Nuestra Señora de la Merced y el descanso dominical.—La gran farsa salmeroniana.

Contra lo sostenido sistemáticamente por los sectarios de diversos matices que han calificado de reaccionario *a outrance* la ley del descanso dominical, hemos venido demostrando que si de algo adolecía dicha ley y especialmente el reglamento dictado para su aplicación, era de sobrada lenidad, revelada en las excesivas excepciones en el mismo otorgadas. Y que estas excepciones, lejos de servir para suavizar asperezas han sido solamente parte para sembrar la discordia, háse comprobado con el conflicto surgido en esta ciudad el día 25 del mes anterior, con motivo de la aplicación de una de dichas excepciones: la referente á la celebración de ferias y fiestas.

Entendieron las autoridades que solemnizándose en Barcelona las fiestas de la Virgen de la Merced, cabía otorgar la excepción del descanso los domingos comprendidos en el período de los festejos, y así lo comunicaron á los patronos,con gran alborozo de los mismos y protesta unánime de los dependientes. Sucedió lo que era de esperar (no me resigno á emplear el verbo temer): los subordinados se insubordinaron, y no así como quiera, sino que reuniéndose frente á la Casa Consistorial, armaron un motín del que estuvo á punto de ser víctima el Sr. Alcalde.—Exacerbaciones en ningún modo dignas de aplauso, ciertamente, pero que hallan explicación cumplida en la natural reacción que produce la falta de equidad en quienes son víctimas de ella.

Volvió sobre su acuerdo el Alcalde, é hizo bien, y volvieron las cosas á su anterior sér y estado, y con ello sosegáronse los ánimos, y la necesidad del descanso sobrepúsose á la lenidad del reglamento. Con lo que, hase evidenciado que éste no es tan *reaccionario* como lo quisiera el pueblo trabajador—aunque lo contrario digan los que titulándose amigos del obrero se oponen á las conveniencias de éste en todos los casos decisivos,—y que si los legisladores hubieran confeccionado una ley menos *liberal* y un poco más adaptada á lo que Dios manda, se lo hubieran agradecido aquellos para quienes principalmente se ha decretado el descanso desde las

esferas gubernamentales, que es á quienes hay que atender con predilección en asuntos de esta índole.

No incurriré en la grosería injuriosa de quien, sin autoridad ninguna para ello, se atrevió á decir al Alcalde, en su misma faz, que había faltado á la ley; y menos tratándose de persona tan digna de respeto, tan ilustrada y escrupulosa en el cumplimiento de sus deberes como la que actualmente desempeña la Alcaldía; pero sí entiendo que esta digna autoridad anduvo sobradamente preocupada en complacer á los patronos, sin percatarse de los perjuicios que irrogaba á los trabajadores ó dependientes. Los festejos públicos se celebran con la mira de favorecer al comercio, es verdad, y por esto el Reglamento autoriza en este caso la excepción; pero sobre que el comercio no lo constituyen solamente los dueños, que son los únicos que aprovechan de la ventaja, sino los dependientes, que son los que resultan perjudicados, es necesario considerar que el Reglamento no impone la excepción, solamente la autoriza, y en este caso, de la discreción de las autoridades depende la buena ó errónea aplicación de la autorización otorgada. Pase que en poblaciones de poca importancia donde escasean las oportunidades para lograr buenas transacciones, se aplique la excepción en día de feria si este no puede ser otro que el domingo; pero en Barcelona, donde las ventas se efectúan diariamente en grande escala y donde los forasteros vienen á las fiestas nó con billete de ida y vuelta para un día, sino á darse un paseito que dura por lo menos una semana, no se debe vender en domingo, aun que éntre los festejos de la Merced, lo que puede ser comprado cualquier otro día.

Dije en una Revista anterior que aunque deficiente la ley del descanso dominical, era necesario que las personas de buena voluntad la apoyasen, á falta de cosa mejor. Ahora añadiré que por lo mismo que lleva en sí una flojedad que disminuye su eficacia, es indispensable que las autoridades la apliquen con todo rigor y hagan cumplirla sin contemplaciones.

*
* *

—¿Qué tal las fiestas de la Merced?

—Hombre, no han sido cosa del otro jueves; pero teniendo en cuenta que han debido ser improvisadas, no me parecen del todo mal. La mayoría sectaria del Ayuntamiento había acordado *implícitamente* suprimirlas; pero la energía del nuevo Alcalde, quien se puso de acuerdo con el vecindario, burló el intento de los obstruccionistas.

—Pero ¿por qué habían de serlo los concejales republicanos?

—Seguramente por estar relacionados los festejos con la conme-

moración de la excelsa Patrona de Barcelona. Contribuir al esplendor de esta conmemoración, aunque sea con fiestas profanas, es cuando menos resabio de clericalismo, y ellos serán cualquier cosa, pero clericales ¡nunca!

—¿Me quiere usted decir qué tiene que ver con el clericalismo el «coso blanco»?

—Realmente, éste no ha tenido que ver más que con el amigo Aurigemma.

—¿Y el entoldado de la Granvía?

—Esta es la mayor cursilería que ha presenciado Barcelona desde que los veteranos de la libertad tenían el pelo negro.

—¿Dónde se ha visto, pues, el clericalismo?

—En la iglesia de la Merced, entendiéndose que los sectarios traducen por clericalismo la devoción de los barceloneses á la inmaculada Libertadora de los cautivos. Allí sí que se ha expansionado en el día de la fiesta y durante el octavario el entusiasmo de todo un pueblo, indolente tal vez para arrancar su representación á quienes, siendo indignos de ella, hánsela secuestrado; pero que no se deja subyugar por ellos y canta su fe con fervor siempre creciente. Había que ver la muchedumbre que rebosaba el espacioso templo. Proponerse tomar turno para los besamanos á la Virgen, era empresa árdua y dificultosa por la aglomeración continuada de devotos que deseaban rendir homenaje á nuestra bendita Madre. No temo equivocarme diciendo que de año en año aumenta grandemente la devoción de los barceloneses á la Virgen de la Merced.

—Lo celebro; y sin duda no habrá pasado desapercibido el hecho para los sectarios, y por esto traerían al Sr. Salmerón.

—Algo hay de esto y de lo otro.

—No entiendo.

—Digo que los adeptos del Sr. Salmerón, con la venida de éste, propusiéronse lograr tres resultados: 1.º dar un tinte laico á las fiestas de la Merced; 2.º borrar la grandiosa impresión producida por el viaje del Rey en el pasado abril; y 3.º echar unos puntos á la desgarrada túnica de la *unión* republicana.

—¿Y cuál ha sido el éxito de este plan?

—El mismo exactamente que hubiera tenido de haberle preparado yo.

—¿Pues no decían que el viaje de Salmerón había sido un acontecimiento?

—¡Quiá! ¡Ríase usted de las cuentas de Morote y otros destripa cristos del mismo talante! ¡Farsa, pura farsa, ó mejor dicho, farsa impura ha sido todo lo referente al viaje de Salmerón.

—Ya me escamó desde un principio la resistencia que hasta úl-

tima hora opuso el filósofo inédito á la solicitud de sus corifeos de Barcelona.

—¡Naturalmente! Como que el hombre, á pesar de no ser gran filósofo, discurre á ratos, y en uno de ellos se dió cuenta de que eso de presentarse como César no siempre da el resultado apetecido. Pero Lerroux insistió, y el jefe sometióse; porque Salmerón es un jefe destinado á obedecer para conservar la jefatura.

No tema V.—le diría Lerroux;—si hubiera V. venido á seguida del Rey, podía hallarse en ridículo; y aún ahora cabría abrigar fundados temores, si yo no le hubiese escogido un día que ni pintiparado seria mejor. Si V. sigue mis instrucciones el viaje tendrá algo de regio. Se viene V. acompañado de un *estado mayor* lo más aseado posible, y no se preocupe de más. En el Apeadero le recibiremos el *pueblo* y yo que todavía soy el *amigo del pueblo*. «Damas» más ó menos democráticas no han de faltar, vestidas á guisa de coristas de *La Marsellesa*. La calle de Fernando y las Ramblas estarán convenientemente adornadas y empezará á estarlo la plaza de Cataluña. Algunos palacios ostentarán colgaduras en sus balcones; por la noche habrá iluminaciones; y para que no falte nada de cuanto pueda concurrir á *ofuscar* el viaje del Rey, hasta el castillo de Montjuich—á pesar de ser por nosotros tan odiado—le honrará con las salvas adecuadas á los grandes acontecimientos. Todo esto debe halagar grandemente á V. que es tan republicano y sobre todo tan demócrata como yo. Pero si V. no viene el mismo día de la Merced—el 24 ¿eh?—todo este aparato habrá desaparecido, al menos las salvas de ordenanza. En llegando á las diez, la *muchedumbre* es segura, porque las mañanas de los días festivos son muy aburridas para los que no vamos á misa, y la llegada de usted será un aliciente mientras se cuecen los garbanzos. Lo demás, nos lo darán hecho los clericales y los dinásticos.

Y, en efecto; fuera de lo del *estado mayor*—que con decir que el personaje de más prosopopeya del mismo era Morayta, está dicho todo en punto á su *brillantez*—y fuera de la *muchedumbre*, que aún contando los desocupados que no oyen misa y parte de los que la oyen dejando las Ave Marías, no alcanzó ni con mucho la cifra que le adjudicó Morote en el *Heraldo de Madrid*, ni la de *La Publicidad* de Barcelona, ni siquiera la de *La Tribuna*—diario este último del que todavía no hemos podido averiguar si es republicano ó monárquico, pero sí tenemos por sabido que es anticlerical,—todo lo demás salió á pedir de boca. Como que en realidad lo dieron hecho clericales y dinásticos; porque adornos en las calles, colgaduras é iluminaciones hubo: las con que la ciudad solemnizó la fiesta de Nuestra Señora de las Mercedes; y salvas en Montjuich también:

las de homenaje á la Princesa de Asturias, que celebraba su fiesta onomástica.

Descuente V. este tanto por ciento de la cuenta del Sr. Salmerón, y dígame si todo ese embrollo del *acontecimiento* ha sido más que una farsa ridícula.

—Lo que no me explico es cómo el jefe republicano salió á los pocos días tan impensadamente, sin previo anuncio y tan de mañanita.

—Ahí verá V. Más que de salida tuvo la marcha de Salmerón los visos de huída. Es que la farsa había terminado, y su precipitada fuga nos dió la realidad de su desairada situación.

—Aquí podemos los católicos exclamar con el libro santo: «Ví al impío levantarse contra mí airado; volví á mirarle, y ya no le ví».

***

—En la anterior Revista había V. diferido para otra sus comentarios sobre la cuestión religiosa en Francia y acerca de la guerra ruso-japonesa.

—Lo recuerdo, sí.

—Ya estoy escuchando.

—Permítame que continúe difiriendo. ¡Qué quiere V.! Tengo de sobra con Salmerón para entrar á aburrirme y aburrir á los lectores con Combes; y cuanto á la guerra, es muy tarde ya para engolfarnos ahora en ella. Antójaseme que de aquí á que los japoneses se apoderen de Port Arthur, habrá tiempo para muchas cosas.

—Concluyamos, pues, la conferencia; y aquí paz y después gloria.

—Sea todo para la de Dios.

JUAN BURGADA Y JULIÁ

Imprenta de la Casa Provincial de Caridad.—Calle de Montealegre, núm. 5.—Barcelona